

Era una noche sin luna, lo que era estupendo para los propósitos de Sólido Jackson.

Se dedicaba a pescar calamares curiosos, que se llamaban así porque, además de ser calamares, eran curiosos. Es decir, lo que tenían de curioso era su curiosidad.

Poco después de sentir curiosidad por el farol que Sólido había colgado en la popa de su barca, empezaron a sentir curiosidad por la forma en que varios de los suyos desaparecían de repente en dirección al cielo con sonidos de salpicadura.

Algunos de ellos incluso sintieron curiosidad —una curiosidad muy, muy breve— por una cosa afilada y con púas que se les acercaba muy deprisa.

Los calamares curiosos eran extremadamente curiosos. Por desgracia, no se les daba muy bien asociar ideas.

Se tardaba mucho en llegar a aquel caladero, pero para Sólido el viaje solía valer la pena. Los calamares curiosos eran muy pequeños, inofensivos, difíciles de encontrar y, según los gourmets, tenían el sabor más asqueroso de todas las criaturas en el mundo. Esto hacía que estuvieran muy buscados en cierta clase de restaurantes donde los chefs más cualificados preparaban con gran esmero platos en los que no había ni el más mínimo rastro del calamar.

El problema de Sólido Jackson era que aquella noche, una noche de luna nueva en la temporada de desove, cuando los calama-

res sentían una curiosidad especial por todo, parecía que el chef había estado trabajando en el mismo mar.

No había ni un solo ojo interesado a la vista. Tampoco había otros peces, y eso que por lo general la luz solía atraer a unos cuantos. Él había vislumbrado uno. Estaba dedicándose a surcar el agua muy deprisa y en línea recta.

Sólido dejó el tridente y caminó hasta la otra punta del barco, donde su hijo Les también estudiaba concienzudamente el mar iluminado por la llama del farol.

—Nada de nada en media hora —dijo Sólido.

—¿Seguro que estamos en el sitio bueno, papá?

Sólido atisbó el horizonte. Había un leve resplandor en el cielo que señalaba la ciudad de Al-Khali, en la costa klatchiana. Se dio la vuelta. El otro horizonte, por su parte, también resplandecía con las luces de Ankh-Morpork. La barca se mecía suavemente a medio camino entre ambas.

—Claro que sí —dijo, pero la convicción se apartó con disimulo de sus palabras.

Porque el mar estaba en silencio. No tenía buen aspecto. La barca se bamboleaba un poco, pero se debía al movimiento de ellos, no a ninguna oscilación de las olas.

La sensación era la misma que cuando iba a haber una tormenta. Pero las estrellas titilaban suavemente y no había ni una nube en el cielo.

Las estrellas de encima de la superficie del agua también titilaban. Y eso sí que era algo que no se veía a menudo.

—Supongo que tendríamos que ir yéndonos —dijo Sólido. Les señaló la vela marchita.

—¿Y con qué viento vamos a hacerlo, papá?

Fue entonces cuando oyeron el chapoteo de unos remos.

Sólido, entrecerrando mucho los ojos, pudo distinguir a duras penas el contorno de otra barca que se acercaba a ellos. Agarró el bichero.

—¡Sé que eres tú, hijoputa ladrón extranjero!

Los remos se detuvieron. Una voz trinoó sobre el agua.

—¡Ojalá te devore un millar de demonios, maldita persona!

La otra barca flotó hacia ellos. Tenía aspecto extranjero, con unos ojos pintados en la proa.

—Los has pescado tú todos, ¿verdad? ¡Vas a probar mi tridente como la escoria rastrera que eres!

—¡Mi hoja curva irá a tu cuello, inmundo hijo de un perro de género femenino!

Les se asomó por el costado de la barca. En la superficie del mar gorgoteaban burbujitas.

—¿Papá? —llamó.

—¡Ese de ahí es Arif el Grasiento! —exclamó su padre—. ¡Míralo bien! ¡Lleva años viniendo aquí y robándonos nuestros calamares, ese mal bicho mentiroso!

—Papá, hay...

—¡Tú ponte a los remos y yo le voy a romper esos dientes negros que tiene!

El joven Les oyó que una voz en la otra barca decía:

—... fíjate, hijo mío, en cómo ese taimado ladrón de peces...

—¡Rema! —le gritó su padre.

—¡A los remos! —gritó alguien en la barca de al lado.

—Pero ¿de quién son esos calamares, papá? —preguntó Les.

—¡*Nuestros!*

—¿Cómo, aun antes de que los pesquemos?

—¡Tú calla y rema!

—¡No puedo mover la barca, papá, hemos encallado en algo!

—¡Aquí hay cien brazas de profundidad, chaval! ¿Con qué nos vamos a encallar?

Les intentó desenganchar un remo de la cosa que emergía lentamente del mar espumeante.

—¡Parece un... un pollo, papá!

De debajo de la superficie llegó un ruido. Sonaba como el tañido de una campana o un gong que se balanceara lentamente.

—¡Los pollos no saben nadar!

—¡Es de hierro, papá!

Sólido fue atropelladamente a la parte de atrás de la barca.

Y en efecto era un pollo, hecho de hierro. Estaba cubierto de algas y conchas y chorreaba agua al alzarse frente al telón de las estrellas.

Estaba posado en una percha en forma de cruz.

Parecía haber una letra en cada uno de los cuatro extremos de la cruz.

Sólido le acercó el farol.

—¿Qué dem...?

Tiró del remo hasta soltarlo y se sentó junto a su hijo.

—¡Rema como alma que lleva el diablo, Les!

—¿Qué está pasando, papá?

—¡Calla y rema! ¡Aléjanos de esa cosa!

—¿Es un monstruo, papá?

—¡Es peor que un monstruo, hijo! —gritó Sólido, mientras los remos se hincaban en el agua.

La cosa estaba ahora bastante arriba, posada en una especie de torre...

—¿Qué es, papá? ¡¿Qué es?!

—¡Es una maldita veleta!

En términos generales, no tuvo lugar demasiada emoción geológica. El *hundimiento* de los continentes sí que solía ir acompañado de volcanes, terremotos y hordas de barquitos llenos de ancianos ansiosos por construir pirámides, y círculos místicos de piedras en alguna nueva tierra donde cupiera esperar que ser el poseedor de una antigua y genuina sabiduría esotérica atraería a las chicas. Pero el ascenso de aquel apenas generó una onda en el esquema puramente físico de las cosas. Regresó de forma más o menos furtiva, como un gato que ha pasado unos días fuera de casa y sabe que te has estado preocupando.

En las orillas del Mar Circular una ola grande, ya de menos de dos metros para cuando las alcanzó, causó algún que otro comentario. Y en algunas de las marismas más bajas el agua inun-

dó algunas aldeas de gente que no le importaba mucho a nadie. Pero en un sentido puramente geológico, no pasó gran cosa.

En un sentido puramente geológico.

—¡Es una *ciudad*, papá! Mira, se ven todas las ventanas y...

—¡Te he dicho que te calles y sigas remando!

El agua del mar bajaba por las calles. A ambos lados emergían de la espuma, lentos y borboteando, edificios enormes y recubiertos de algas.

Padre e hijo lucharon por mantener algún control sobre la barca mientras ésta era arrastrada. Y como la primera lección del arte de remar es que hay que hacerlo mirando hacia el lado incorrecto, no vieron la otra barca...

—¡Lunático!

—¡Hombre insensato!

—¡Ni se te ocurra tocar ese edificio! ¡Esta tierra pertenece a Ankh-Morpork!

Las dos barcas giraron, presas de un remolino momentáneo.

—¡Reclamo esta tierra en nombre del serif de Al-Khali!

—¡Nosotros la vimos primero! ¡Les, dile que nosotros la vimos primero!

—¡Nosotros la vimos primero antes de que vosotros la vierais primero!

—¡Les, tú lo has visto, ha intentado pegarme con el remo!

—Pero papá, tú estás moviendo ese tridente...

—¡Fíjate en su forma ladina de atacarnos, Akhan!

Se oyó un rechinar por debajo de la quilla de ambas barcas y las dos empezaron a escorarse mientras se quedaban posadas sobre el lodo del fondo marino.

—Mira, padre, hay una estatua interesante...

—¡Ha puesto su pie en suelo klatchiano! ¡Ese ladrón de calamares!

—¡Saca tus asquerosas sandalias del territorio ankh-morporkiano!

—Oh, papá...

Los dos pescadores dejaron de gritarse, principalmente a fin de recuperar el aliento. Los cangrejos se alejaban correteando. El agua caía a chorros por entre las matas de algas, dejando surcos en el cieno gris.

—Padre, mira, todavía quedan azulejos de colores en el...

—¡Son míos!

—¡*Son míos!*

La mirada de Les encontró la de Akhan. Intercambiaron un vistazo muy breve que sin embargo estaba modulado con una cantidad considerable de información, partiendo de la vergüenza de tamaño galáctico por tener padres y subiendo a partir de ahí.

—Papá, no tenemos que... —empezó a decir Les.

—¡Tú te callas! ¡Estoy pensando en tu futuro, chaval!

—Sí, pero ¿a quién le importa quién lo vio primero, papá? ¡Todos estamos a cientos de kilómetros de casa! O sea, ¿quién lo va a saber, papá?

Los dos pescadores de calamares se miraron entre sí.

Por encima de ellos se erguían los edificios chorreantes. Había agujeros que podrían haber sido puertas y aperturas sin cristales que podrían haber sido ventanas, pero en su interior todo era oscuridad. De vez en cuando, a Les le daba la impresión de que oía algo reptando.

Sólido Jackson tosió.

—El chaval tiene razón —murmuró—. Es tontería pelearse. Solamente nosotros cuatro.

—Ciertamente —dijo Arif.

Se empezaron a alejar, cada hombre vigilando con atención al otro. Y luego, tan a la vez que sus voces se solaparon, los dos gritaron:

—¡Agarra la barca!

Hubo un par de momentos de confusión y luego cada pareja, con la barca levantada en vilo sobre sus cabezas, echó a correr y a resbalar por las calles enfangadas.

Se vieron obligados a pararse y regresar, soltando idénticos

gritos de «conque también eres un secuestrador, ¿eh?», para llevarse cada uno el hijo correcto.

Tal como sabe cualquier estudiante de exploración, el premio no se lo lleva el primer explorador que pone el pie sobre suelo virgen, sino el primero que se lleva ese pie a casa. Y si todavía lo lleva unido a la pierna, mejor que mejor.

Las veletas de Ankh-Morpork chirriaban al girar por el viento.

Muy pocas de ellas eran realmente representaciones del *Avis domestica*. Había diversos dragones, peces y animales variados. En el tejado del Gremio de Asesinos una silueta con la forma de uno de sus miembros rechinó hacia una nueva posición, con la capa y la daga listas. En el Gremio de Mendigos una mano de mendigo hecha de hojalata le pidió un cuarto de dólar al viento. En el Gremio de Carniceros un cerdo de cobre olisqueó el aire. En el tejado del Gremio de Ladrones, un ladrón sin licencia de carne y hueso aunque más bien difunto se giró lentamente, lo cual demuestra de lo que es capaz la gente si lo intenta de verdad, o por lo menos si intenta robar sin tener una licencia.

La veleta que había sobre la cúpula de la biblioteca de la Universidad Invisible iba atrasada y no mostraría el cambio hasta dentro de media hora, pero el olor del mar flotaba sobre la ciudad.

En la plaza Sator existía una tradición de arengas públicas por parte de oradores subidos a cajones. «Oradores» es un término que se quedaba corto para abarcar a toda la gente que despotricaba, declamaba y en algunos casos murmuraba ensimismada, dispersa a intervalos entre la multitud. Y tal como dictaba la tradición, la gente decía cualquier cosa que le pasara por la mente y lo decía a gritos. Se decía que el patricio contemplaba esta costumbre con amabilidad. Era cierto. Y también la contemplaba muy de cerca. Probablemente tenía a alguien tomando notas.

Igual que la Guardia.

No era espiar, se decía a sí mismo el comandante Vimes. Espiar era cuando uno acechaba por ahí mirando a hurtadillas por

las ventanas. Pero no era espiar cuando había que apartarse un poco para no quedarse sordo.

Extendió el brazo con gesto distraído y encendió una cerilla contra el sargento Detritus.

—Eso era yo, señor —le reprochó el troll.

—Lo siento, sargento —dijo Vimes, encendiéndose el puro.

—Pasa nada.

Volvieron a prestar atención a los oradores.

Es el viento, pensó Vimes. Está trayendo algo nuevo...

Normalmente los oradores trataban toda clase de temas, muchos de ellos en la cúspide de la cordura o bien en los valles apacibles que quedaban al otro lado. Pero ahora eran todos monomaniáticos.

—¡... hora de que alguien les enseñe una lección! —gritó el que estaba más cerca—. ¿Por qué nuestros supuestos dirigentes no escuchan la voz del pueblo? ¡Ankh-Morpork ya no soporta más a esos forajidos arrogantes! ¡Nos roban el pescado, nos roban el comercio y ahora nos roban nuestra tierra!

Habría sido mejor que la gente estuviera aplaudiendo, pensó Vimes. La gente solía aplaudir a los oradores de forma indiscriminada, para incitarlos. Pero la multitud que rodeaba a aquel hombre parecía limitarse a asentir en gesto de aprobación. Y se le ocurrió: están *pensando* de verdad en lo que ha dicho...

—¡A mí me han robado las mercancías! —gritó un orador que había delante de él—. ¡Es un jodido imperio pirata! ¡Me abordan! ¡En aguas de Ankh-Morpork!

Hubo un murmullo general de superioridad moral!

—¿Qué le han robado, señor Jenkins? —preguntó una voz del público.

—¡Un cargamento de seda fina!

La multitud bufó.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿no fueron despojos de pescado o carne en mal estado? Porque creo que eso es lo que suele transportar usted.

El señor Jenkins se estiró para buscar a quien estaba hablando.

—¡Seda fina! —repitió—. ¿Y acaso a la ciudad le importa?
¡Para nada!

Hubo gritos de «¡Qué vergüenza!».

—¿Y alguien se lo ha dicho a la ciudad? —dijo la voz que estaba haciendo todas aquellas preguntas.

La gente empezó a estirar el cuello. Y luego la multitud se abrió un poco para dejar a la vista al comandante Vimes de la Guardia de la Ciudad.

—Bueno, es que... yo —empezó a decir Jenkins—. Esto... yo...

—A *mí* me importa —dijo Vimes con calma—. No puede costar mucho seguirle el rastro a un cargamento de seda fina que apesta a tripas de pescado. —Hubo risas. La gente de Ankh-Morpork siempre disfruta con un poco de variedad en el teatro callejero.

Vimes pareció hablar con el sargento Detritus, pero mantuvo la mirada fija en Jenkins.

—Detritus, acompañe al señor Jenkins, ¿quiere? Su barco es el *Milka*, creo. Él le enseñará todos los recibos de carga y los manifiestos y facturas y todo y entonces podremos ayudarle en un periquete.

Se oyó un «clang» cuando la mano enorme de Detritus golpeó en su casco y se detuvo.

—¡Síseñor!

—Esto... no... no va a poder ser —se apresuró a decir Jenkins—. Esto... también me han robado todos los papeles.

—¿En serio? ¿Para poder devolverlo todo a la tienda si no es de su talla?

—Esto... de todas formas, el barco ha zarpado. ¡Sí! ¡Ha zarpado! ¡Tengo que rehacerme de las pérdidas, ya sabe!

—¿Ha zarpado? ¿Sin su capitán? —preguntó Vilmes—. ¿Así que el señor Scoplett está al mando? ¿Su primer oficial?

—Sí, sí...

—¡Maldita sea! —dijo Vimes, chasqueando teatralmente los dedos—. Ese hombre que tenemos en las celdas acusado de No

Saber Beber anoche... ¿También vamos a tener que acusarlo de robo de identidad, entonces? No sé yo, más maldito papeleo, se acumula de una manera...

El señor Jenkins intentó apartar la vista, pero la mirada de Vimes seguía tirando de ella. Algún que otro temblor de sus labios sugería que estaba preparando una réplica, pero fue lo bastante listo como para ver que la sonrisa de Vimes era tan peculiar como esa que se mueve muy deprisa hacia los hombres que se están ahogando. La que lleva una aleta en la parte de arriba.

El señor Jenkins tomó una sabia decisión y se bajó del cajón.

—Yo... esto... me voy a solucionar... será mejor que me vaya a... esto... —dijo, y se abrió paso a empujones entre la muchedumbre, que esperó un poco a ver si iba a pasar algo interesante y luego, decepcionada, buscó otras formas de entretenimiento.

—¿Quiere que vaya a echar un vistazo al barco ese? —preguntó Detritus.

—No, sargento. No va a haber nada de seda ni tampoco ningún papel. No va a haber nada más que un aroma persistente a tripas de pescado.

—Uau, esos malditos klatchianos roban todo lo que no está clavado al suelo, ¿eh?

Vimes negó con la cabeza y continuó andando.

—En Klatch no tienen trolls, ¿verdad? —dijo.

—Noseñor. Es la calor. El cerebro troll no funciona en la calor. Si yo fuera a Klatch —dijo Detritus, con los nudillos haciendo ruiditos al arrastrarlos por los adoquines— me volvería muy estúupido.

—¿Detritus?

—¿Síseñor?

—No vayas nunca a Klatch.

—Noseñor.

Otro orador estaba atrayendo a una multitud mucho mayor. Tenía detrás una pancarta muy grande que proclamaba: «FUERA LAS SUCIAS MANOS ESTRANGERAS DE LESHPI».

—Leshp —dijo Detritus—. Ese sí que es un nombre que tira de la lengua.

—Es la tierra que regresó del fondo del mar la semana pasada —dijo Vimes en tono pesimista.

Escucharon mientras el orador proclamaba que Ankh-Morpork tenía el deber de proteger a los suyos en la nueva tierra. Detritus pareció perplejo.

—¿Cómo es que hay todos esos suyos allí cuando acaba de salir del agua?

—Buena pregunta —dijo Vimes.

—¿Estaban aguantando la respiración?

—Lo dudo.

El aire transportaba algo más que el salitre del mar, pensó Vimes. Había otra corriente distinta. Él la notaba. De pronto, el problema era Klatch.

Ankh-Morpork llevaba un siglo en paz con Klatch, o por lo menos en estado de no-guerra. Al fin y al cabo, era el país vecino.

Vecinos... ¡ja! Pero ¿qué quería decir aquello? La Guardia sabía un par de cosas sobre los vecinos. Y también los abogados, sobre todo esos muy ricos para los que «vecino» significaba «hombre que se puede pasar veinte años litigando por una franja de jardín de cinco centímetros de ancho». La gente vive toda la vida codo con codo, saludándose amigablemente con la cabeza todos los días de camino al trabajo, y de pronto pasa algo completamente trivial y a alguien le tienen que sacar una horca de jardín del oído.

Y ahora había salido una maldita roca del mar y todo el mundo actuaba como si Klatch hubiera dejado que su perro se pasara la noche ladrando.

—*Aagragaaah* —dijo Detritus, cabizbajo.

—Por mí no te preocupes, basta con que no me lo tires en la bota —dijo Vimes.

—Quiere decir... —Detritus hizo un gesto con su mano enorme— como... esas cosas, que vienen antes... —hizo una pausa y

chasqueó los dedos, mientras movía los labios— de las municiones. Aagragaah. Quiere decir ese momento cuando ves las piedrecitas y entonces *sabes* que te va a caer en la cabeza una avalancha enorme y es demasiado tarde para correr. Ese momento, eso es aagragaah.

Los labios de Vimes se movieron también.

—¿Premoniciones?

—Equelicuá.

—¿De dónde viene la palabra?

Detritus se encogió de hombros.

—Lo mismo viene del ruido que haces cuando te caen encima mil toneladas de rocas.

—Premoniciones... —Vimes se frotó la barbilla—. Sí. Bueno, yo tengo muchas de esas...

Corrimientos de tierras y avalanchas, pensó. Todos los copos diminutos de nieve van aterrizando, ligeros como plumas... Y de pronto toda la ladera de una montaña empieza a moverse.

Detritus lo miró con cara de astucia.

—Ya sé que todo el mundo dice: «Los pelos del culo son igual de tontos que Detritus» —dijo—. Pero yo sé de dónde sopla el viento.

Vimes miró a su sargento con un respeto renovado.

—Lo ves claro, ¿verdad?

El troll se dio un par de golpecitos con el dedo en el casco, con aire avisado.

—Más claro que el agua —dijo—. ¿Se han fijado en todos esos pollos y dragones y tal que hay en los tejados? ¿Y ese pobre marmón del Gremio de Ladrones? Pues solamente hay que mirarlos. Ellos lo saben. No entra en mi cabeza cómo es que siempre señalan hacia donde es.

Vimes se relajó un poco. La inteligencia de Detritus no estaba del todo mal para tratarse de un troll, algo a medio camino entre una sepia y un bailarín de cuadrillas, pero estaba claro que él no iba a dejar que eso le detuviera.

Detritus parpadeó.

—Y me recuerda a ese momento en que buscas un garrote bien grande y escuchas a tu abuelo hablar de cuando él era chaval y le dio una paliza a todos aquellos enanos —dijo—. Hay algo en el aire, ¿eh?

—Esto... sí... —dijo Vimes.

Algo revoloteó encima de él. Suspiró. Estaba llegando un mensaje.

En una paloma.

Pero ya habían probado todo lo demás, ¿no? Los dragones de pantano tendían a explotar en el aire, los diablillos se comían los mensajes y los cascos semáforo, diseñados para emitir señales luminosas, no habían sido ningún éxito, sobre todo cuando había viento fuerte. Pero entonces la cabo Culopequeño señaló que las palomas de Ankh-Morpork eran, gracias a muchos siglos de depredación por parte de la población de gárgolas de la ciudad, considerablemente más inteligentes que la mayoría de las palomas. A Vimes esto no le parecía muy difícil, porque algunas cosas que crecían en el pan viejo y húmedo también eran más inteligentes que la mayoría de palomas.

Se sacó un puñado de maíz del bolsillo. La paloma, obediente a su meticuloso adiestramiento, se posó en su hombro. Y obediente a la presión intestinal, hizo sus necesidades.

—¿Sabes? Tenemos que encontrar algo mejor —dijo Vimes mientras desenrollaba el mensaje—. Cada vez que le enviamos un mensaje al agente Tubería, se lo come.

—Bueno, es que es una gárgola —dijo Detritus—. Piensa que le llega el almuerzo.

—Oh —dijo Vimes—. Su señoría requiere mi presencia. Qué bien.

Lord Vetinari parecía estar prestando atención, ya que siempre le había parecido que escuchar con interés a la gente solía desalentarlos.

Y en reuniones como aquella, cuando los líderes de la ciudad

le estaban aconsejando, escuchaba cuidadosamente porque lo que los demás le decían era lo que querían que él oyera. Él, sin embargo, centraba su atención en los espacios que quedaban fuera de las palabras. Ahí era donde se encontraban las cosas que ellos confiaban en que él no supiera y que no querían que descubriese.

En aquel momento estaba prestando atención a las cosas que lord Downey del Gremio de Asesinos estaba dejando de decir durante su larga exposición sobre el alto nivel de entrenamiento en su gremio y lo valioso que resultaba para la ciudad. Poco rato después, la voz se detuvo al impactar contra la escucha agresiva de Vetinari.

—Gracias, lord Downey —dijo—. Estoy seguro de que todos dormiremos mucho más intranquilos ahora que sabemos todo eso. Solamente un detalle... Tengo entendido que la palabra «asesino» proviene de Klatch, ¿no?

—Bueno... ciertamente...

—Y también creo que muchos de sus estudiantes resultan ser de Klatch y de sus países vecinos, ¿no?

—La calidad sin igual de nuestra educación...

—Exacto. Lo que me está diciendo, de hecho, es que los asesinos de ellos existen desde hace más tiempo, conocen al dedillo nuestra ciudad y además ustedes han refinado sus habilidades tradicionales, ¿me equivoco?

—Esto...

El patricio se giró hacia el señor Burleigh.

—Nuestras armas deben de ser superiores, ¿verdad, señor Burleigh?

—Oh, sí. Diga lo que quiera sobre los enanos, pero últimamente hemos estado produciendo cosas magníficas —afirmó el presidente del Gremio de Armeros.

—Ah. Eso por lo menos me reconforta.

—Sí —dijo Burleigh. Parecía abatido—. Sin embargo, lo que tiene la fabricación de armas... lo importante...

—Creo que está usted a punto de decirme que lo importante del negocio de las armas es que es un negocio —dijo el patricio.

Burleigh puso cara de haber salido de la sartén para caer en el incendio forestal.

—Esto... sí.

—Que, de hecho, las armas son para venderlas.

—Esto... exacto.

—A cualquiera que las quiera comprar.

—Esto... sí.

—Sin importar el uso que se les vaya a dar, ¿no?

El fabricante de armamento se puso a la defensiva.

—¿Disculpe? Pues claro que sí. Son *armas*.

—Y sospecho que en los últimos años un mercado muy lucrativo ha sido Klatch, ¿no?

—Bueno, sí... el serif las necesita para pacificar las regiones de la periferia...

El patricio levantó la mano. Drumknott, su secretario, le dio un pedazo de papel.

—¿La Ballesta «Último Viaje» de Trescientos Kilos Montada en Carro y con Diez Recámaras? —dijo—. Y, déjeme ver... ¿el Lanzador Automático «Meteoro» de Estrellas Arrojadizas, decapita a veinte pasos, le devolvemos el dinero si no queda totalmente decapitado.

—¿Ha oído usted hablar de los H'eces, milord? —preguntó Burleigh—. Dicen que la única forma de pacificar a uno de ellos es golpearle repetidamente con un hacha y enterrar lo que queda debajo de una roca. Y aun así, hay que elegir una roca pesada.

El patricio parecía estar mirando fijamente un dibujo de gran tamaño de las Boleadoras Con Cuchillas «Derviche» Modelo III. Hubo un silencio doloroso. Burleigh intentó llenarlo, lo cual siempre es un error grave.

—Además, proporcionamos unos trabajos que hacen mucha falta en Ankh-Morpork —murmuró.

—Exportando estas armas a otros países —dijo lord Vetinari. Devolvió el papel y le dedicó una sonrisa amigable a Burleigh.

—Estoy muy contento de ver que a la industria le va tan bien —dijo—. Tendré esto particularmente en cuenta.

Juntó las manos con cuidado.

—La situación es grave, caballeros.

—¿La de quién? —preguntó el señor Burleigh.

—¿Perdone?

—¿Cómo? Oh... estaba pensando en otra cosa, milord...

—Yo me refería al hecho de que cierta cantidad de nuestros ciudadanos se ha marchado a esa isla de los demonios. Y por lo que tengo entendido, lo mismo ha hecho cierta cantidad de klatchianos.

—¿Por qué está yendo allí nuestra gente? —dijo el señor Boggis del Gremio de Ladrones.

—Porque están haciendo gala de un brioso espíritu de pioneros y buscando riquezas y... más riquezas en una tierra nueva —dijo lord Vetinari.

—¿Y qué buscan los klatchianos? —preguntó lord Downey.

—Oh, han ido allí porque son una panda de oportunistas sin principios y siempre están dispuestos a hacerse con algo a cambio de nada —dijo lord Vetinari.

—Un resumen magistral, si me lo permite, milord —dijo el señor Burleigh, que tenía la sensación de que todavía podía recuperar algo de terreno.

El patricio volvió a echar un vistazo a sus notas.

—Oh, les ruego que me perdonen —dijo—. Parece que he leído estas dos últimas frases cambiando el orden... Señor Slant, creo que tiene usted algo que decir aquí, ¿no?

El presidente del Gremio de Abogados carraspeó. El ruido sonó como un estertor de muerte y técnicamente lo era, porque el hombre llevaba varios centenares de años siendo un zombi. Las crónicas históricas, no obstante, sugerían que el único cambio que la muerte había producido en el señor Slant era que había empezado a trabajar también durante la pausa del almuerzo.

—Sí, ciertamente —dijo, abriendo un grueso libro de leyes—. Conocemos bastante poco de la historia de la ciudad de Leshp y el territorio que la rodea. Se sabe que estuvo por encima del nivel del mar hace casi mil años, sin embargo, y los registros sugieren

que entonces se consideraba parte del imperio de Ankh-Morpork.

—¿Cuál es la naturaleza de estos registros, y acaso nos dicen quién llevó a cabo esa consideración? —preguntó el patricio. Se abrió la puerta y Vimes entró en la sala—. Ah, comandante, siéntese. Continúe, señor Slant.

Al zombi no le gustaban las interrupciones. Volvió a toser.

—Los registros que se refieren al país perdido datan de hace varios siglos, milord. Y por supuesto, son *nuestros* registros.

—¿Solamente nuestros?

—No veo cómo podríamos aceptar otros —dijo el señor Slant en tono severo.

—¿Los klatchianos, por ejemplo? —dijo Vimes desde la otra punta de la mesa.

—Sir Samuel, en el idioma klatchiano la palabra «abogado» ni siquiera existe —dijo el señor Slant.

—¿Ah, no? —dijo Vimes—. Bien por ellos.

—Nosotros somos de la opinión —dijo Slant, girando su silla un poco para no tener que mirar a Vimes— de que la nueva tierra nos pertenece por Dominio Eminente, Extraterritorialidad y, lo que es más importante, *Acquiris Quodcumque Rapis*. Tengo entendido que esta vez ha sido uno de nuestros pescadores el primero que ha puesto pie en el lugar.

—Yo he oído que los klatchianos aseguran que ha sido uno de sus pescadores —dijo Vetinari.

Al final de la mesa Vimes estaba moviendo los labios. A ver, *Acquiris...*

—¿«Lo que agarras te lo quedas»? —preguntó en voz alta.

—No iremos a aceptar la palabra de ellos, ¿verdad? —dijo Slant, haciendo como si no le oyera—. Perdone, milord, pero no me creo que a la orgullosa Ankh-Morpork le vaya a dar órdenes un puñado de ladrones con toallas en la cabeza.

—¡Claro que no! Ya es hora de que le demos una lección a esos klatchianos —dijo lord Selachii—. ¿Se acuerdan de aquel asunto que hubo el año pasado con los repollos? ¡Diez malditos barcos llenos que se negaron a aceptar!

—Y eso que todo el mundo sabe que las orugas complementan el sabor —dijo Vimes, más o menos para sí mismo.

El patricio le lanzó una mirada.

—¡Eso es! —dijo Selachii—. ¡Proteínas buenas de las de toda la vida! ¿Y se acuerdan de los apuros que pasó el capitán Jenkins por aquel cargamento de añojo? ¡Lo querían detener! ¡Mandarlos a una cárcel klatchiana!

—No puede ser. Pero si la carne es mejor cuanto más verde —dijo Vimes.

—Con todo el curry que le ponen, les iba a saber igual —dijo Burleigh—. Una vez fui a una cena en su embajada y ¿saben qué me hicieron comer? Pues un ojo de ov...

—Perdonen, caballeros —dijo Vimes, poniéndose de pie—. Tengo que resolver unos asuntos urgentes.

Saludó con la cabeza al patricio y salió a toda prisa de la sala. Cerró la puerta a su espalda y respiró una bocanada de aire fresco, aunque en esos momentos habría respirado hondo incluso en una curtiduría.

La cabo Culopequeño se puso de pie y se lo quedó mirando con cara expectante. Había estado sentada al lado de una caja que arrullaba apaciblemente.

—Ha pasado algo. Corra a... quiero decir, envíe una paloma a Pseudópolis Yard —dijo Vimes.

—¿Sí, señor?

—Todos los permisos quedan cancelados de inmediato y quiero ver a todos los agentes, y me refiero a *todos* los agentes, en el Yard a, digamos, las seis en punto.

—Sí, señor. Eso puede requerir una paloma extra, a menos que me salga la letra lo bastante pequeña.

Culopequeño se fue corriendo.

Vimes echó un vistazo por la ventana. Siempre tenía lugar cierta actividad frente al palacio, pero hoy había... no llegaba a una multitud, pero sí había más gente de la habitual, allí plantados sin hacer nada. Como si estuvieran esperando algo.

¡Klatch!

Lo sabe todo el mundo.

El viejo Detritus tenía razón. Se oían caer las piedrecitas. No era una simple reyerta de pescadores, eran cien años de... bueno, de como cuando dos hombres corpulentos intentan caber dentro de un cuarto pequeñito, y tratan de llevarlo con educación, hasta que un día a uno de ellos no le queda más remedio que estirarse y al cabo de un momento están los dos destrozando los muebles.

Pero no podía pasar realmente, ¿verdad? Por lo que él había oído, el serif actual era un hombre competente al que principalmente le preocupaba pacificar los tumultuosos márgenes de su imperio. ¡Y había klatchianos viviendo en Ankh-Morpork, por todos los cielos! Había klatchianos *nacidos* en Ankh-Morpork. Uno veía a un chaval con cara de aprendiz de camellero, y cuando abría la boca resultaba que tenía un acento ankhiano tan profundo que daba vértigo. Oh, había un montón de chistes sobre la comida rara de los extranjeros, pero a la hora de la verdad...

Ahora que lo pensaba, no eran chistes muy graciosos.

Cuando se oye el estallido, no hay tiempo para preguntarse cuánto tiempo ha estado chispeando la mecha.

Cuando regresó a la Cámara de las Ratat, sus ocupantes estaban levantando la voz.

—Pues porque, lord Selachii —estaba diciendo el patricio—, no estamos en los viejos tiempos. Ya no se considera... correcto... mandar un barco de guerra allí para, tal como dice usted, enseñarle a esos extranjeros lo equivocados que están. Para empezar, no hemos tenido ningún barco de guerra desde que el *Mary-Jane* se hundió hace cuatrocientos años. Y los tiempos han cambiado. Hoy en día, el mundo entero está mirando. Y milord, ya no se permite decir «¿y tú qué miras, eh?» y ponerles un ojo morado. —Se reclinó en su asiento—. Están Chimeria y Khanli, y Efebia y Tsort. Y hoy en día también Muntab. Y Omnia. Algunas de estas son naciones poderosas, caballeros. A muchas no les gusta la actual actitud expansionista de Klatch, pero tampoco les gustamos mucho nosotros.

—¿Y por qué no? —dijo lord Selachii.

—Bueno, porque a lo largo de nuestra historia a aquellas que no hemos ocupado hemos tendido a declararles la guerra —dijo lord Vetinari—. Por alguna razón el exterminio de millares de personas suele quedarse en la memoria.

—Bah, la historia —dijo lord Selachii—. ¡Ya está en el pasado!

—Es donde suele estar la historia, cierto —dijo el patricio en tono solemne.

—Lo que quería decir es: ¿por qué no les caemos bien ahora? ¿Les debemos dinero?

—No. Sobre todo son ellos quienes nos deben a nosotros. Lo cual, por supuesto, es una razón de mayor peso para que les caigamos mal.

—¿Qué pasa con Sto Lat y Pseudópolis y las demás ciudades? —preguntó lord Downey.

—Tampoco les gustamos demasiado.

—¿Por qué no? Me refiero a que compartimos una herencia común —dijo lord Selachii.

—Sí, milord, pero esa herencia que compartimos consiste principalmente en que hemos librado guerras entre nosotros —dijo el patricio—. Por esa parte no veo mucho apoyo. Lo cual es un poco desafortunado, porque de hecho nosotros no tenemos ejército. Yo no soy militar, por supuesto, pero creo que tener uno se suele considerar de importancia vital para la consecución exitosa de la guerra.

Recorrió la mesa con la mirada.

—Lo cierto —continuó— es que Ankh-Morpork ha rechazado violentamente la idea de tener un ejército estable.

—Todos sabemos por qué la gente no confía en un ejército —dijo lord Downey—. Un montón de hombres armados, todo el día por ahí sin nada que hacer... se les empiezan a ocurrir ideas...

Vimes vio que las cabezas se volvían hacia él.

—Caramba —exclamó, con jovialidad gélida—, ¿puede ser esto una referencia al «Viejo Carapiedra» Vimes, que dirigió a la milicia de la ciudad en una revuelta contra el dominio de un

monarca tiránico destinada a implantar algo de libertad y justicia en el lugar? ¡Creo que sí! ¿Y acaso era comandante de la Guardia en aquella época? ¡Por todos los cielos, sí, de hecho sí que lo era! ¿Y lo colgaron y lo desmembraron y lo enterraron en cinco tumbas distintas? ¿Y acaso es un antepasado lejano del comandante actual? Caramba, las coincidencias se amontonan, ¿no? —Su voz pasó de un alborozo maníaco a un gruñido—. ¡Muy bien! Con eso queda todo dicho. A ver, ¿alguien tiene alguna cosa que añadir?

Hubo un movimiento incómodo generalizado y un carraspeo colectivo.

—¿Y si usáramos mercenarios? —preguntó Boggis.

—El problema de los mercenarios —dijo el patricio— es que hay que pagarlos para que se pongan a combatir. Y a menos que uno tenga mucha suerte, termina pagándoles más todavía para que paren...

Selachii dio un golpe en la mesa.

—¡Muy bien pues! —gruñó—. ¡Solos entonces, voto a bríos!

—La verdad, sería mejor que votara a un prestamista —dijo lord Vetinari—. Porque dinero no tenemos. Estaba a punto de decir que no nos podemos permitir mercenarios.

—¿Cómo es posible? —se sorprendió lord Downey—. ¿Es que no pagamos impuestos?

—Ah, ya me parecía que llegaríamos a eso —dijo lord Vetinari. Levantó la mano y, obedeciendo nuevamente a su gesto, su secretario colocó otro papel en ella.

—Vamos a ver... ah, sí. Gremio de Asesinos... Ingresos brutos en el último año: 13.207.048 dólares de Ankh-Morpork. Impuestos pagados el año pasado: cuarenta y siete dólares, veintidós peniques y algo que después de examinarlo resultó ser un medio *dong* hershebiano, equivalente a un octavo de penique.

—¡Eso es perfectamente legal! El Gremio de Contables...

—Ah, sí. Gremio de Contables. Ingresos brutos: 7.999.011 dólares de Ankh-Morpork. Impuestos pagados: cero. Pero ah, sí, veo que solicitaron una devolución de 200.000 dólares.

—Y lo que recibimos, debo decir, incluía un medio *dong* hersebianos —dijo el señor Escarcho del Gremio de Contables.

—Todo lo que va, viene —dijo Vetinari sin inmutarse.

Tiró el papel a un lado.

—Los impuestos, caballeros, se parecen mucho a las vaquerías. La tarea es extraer la cantidad máxima de leche con el mínimo de mugidos. Y me temo que últimamente lo único que obtengo son mugidos.

—¿Nos está diciendo que Ankh-Morpork está en bancarrota? —dijo Downey.

—Por supuesto. Y al mismo tiempo, llena de gente rica. Confío en que hayan estado invirtiendo su fortuna en espadas.

—¿Y usted ha permitido este fraude fiscal al por mayor? —preguntó lord Selachii.

—Oh, nadie ha defraudado al fisco —dijo lord Vetinari—. Ni se han evadido impuestos. Simplemente no se han pagado.

—¡Es una situación repugnante!

El patricio enarcó las cejas.

—¿Comandante Vimes?

—¿Sí, señor?

—¿Sería usted tan amable de reunir a un escuadrón de sus hombres más experimentados, formar equipo con los recaudadores y obtener los impuestos impagados que se han ido acumulando, por favor? Mi secretario aquí presente le dará una lista de los principales morosos.

—Sí, señor. ¿Y si se resisten, señor? —preguntó Vimes, con una sonrisa malévola.

—Pero ¿cómo se van a resistir, comandante? Es la voluntad de nuestros líderes ciudadanos. —Cogió el papel que le ofrecía su secretario—. Vamos a ver. El primero de la lista...

Lord Selachii tosió apresuradamente.

—Ya es demasiado tarde para esas tonterías —dijo.

—Agua pasada —dijo lord Downey.

—El muerto al hoyo —dijo el señor Slant.

—Yo pagué lo mío —dijo Vimes.

—Déjenme recapitular, pues —dijo Vetinari—. No creo que nadie quiera ver a dos naciones adultas pelearse por un pedazo de roca. No queremos luchar, pero...

—Si luchamos, ¡voto a bríos! les vamos a enseñar a esos... —empezó a decir lord Selachii.

—No tenemos barcos. No tenemos hombres. Y tampoco tenemos dinero —dijo lord Vetinari—. Por supuesto, tenemos el arte de la diplomacia. Es asombroso lo que se puede hacer con las palabras adecuadas.

—Por desgracia, la gente escucha con más atención las palabras adecuadas si uno también tiene un palo afilado —dijo lord Downey.

Lord Selachii dio una palmada en la mesa.

—¡No necesitamos *hablar* con esa gente! ¡Mis señores... caballeros... es cosa nuestra demostrarles que no nos dejaremos avasallar! ¡Tenemos que formar de nuevo los regimientos!

—Oh, ¿ejércitos privados? —dijo Vimes—. ¿Bajo el mando de alguien cuya competencia reside en que puede permitirse pagar mil cascos ridículos?

Alguien se inclinó hacia delante, en mitad de la mesa. Hasta aquel momento Vimes había creído que estaba dormido, y cuando lord Óxido habló, lo hizo ciertamente con una especie de bostezo.

—Cuya competencia, señor Vimes, consiste en un millar de años de crianza para el liderato.

Lo de «señor» se retorció en el pecho de Vimes. Sabía que él era «señor», que siempre sería «señor» y que probablemente era el arquetipo de la señoridad, pero que lo partiera un rayo si alguien que decía «anios» en vez de años no lo tenía que llamar sir Samuel.

—Ah, la buena crianza —dijo—. No, lo siento, de eso no tenemos nada, si es lo que hace falta para que a sus hombres los mate la pura...

—Caballero, por favor —interrumpió el patricio. Negó con la cabeza—. Por favor, no nos peleemos. Después de todo, esto es un concilio de guerra. Y en cuanto a formar de nuevo los re-

gimientos, bueno, por supuesto, es un derecho ancestral que tienen. Proporcionar hombres armados en los momentos de necesidad es uno de los deberes de un caballero. La Historia está de su lado. Los precedentes están muy claros, no puedo oponerme a ellos. Debo decir que no puedo permitírmelo.

—¿Les va a dejar que jueguen a los soldados? —dijo Vimes.

—Oh, comandante Vimes —dijo el señor Burleigh, sonriendo—. Como militar que es usted, tiene que...

A veces la gente puede llamar la atención a gritos. Pueden optar por golpear una mesa, o incluso por atizar a alguien. Pero Vimes consiguió el mismo efecto quedándose inmóvil del todo, limitándose a no hacer nada. El frío irradiaba de él. Las líneas de su cara se encajaron como las de una estatua.

—*Yo no soy militar.*

Y entonces Burleigh cometió el error de intentar ablandarlo con una sonrisa.

—Bueno, comandante, el casco y la coraza y todo eso... Al final acaba siendo lo mismo, ¿no?

—*No. No lo es.*

—Caballero... —Lord Vetinari puso las palmas de las manos sobre la mesa, señal de que la reunión había terminado—. Solamente puedo repetirles que mañana discutiré la cuestión con el príncipe Khufurah...

—He recibido buenos informes de él —dijo lord Óxido—. Un hombre estricto pero justo. Hay que admirar lo que está haciendo con algunas de esas regiones atrasadas. De lo más...

—No, señor. Usted se refiere al príncipe Cadram —dijo lord Vetinari—. Khufurah es su hermano menor. Que llega aquí en calidad de enviado especial de su hermano.

—¿Él? ¿Ese? ¡Ese tipo es un gandul! ¡Un tramposo! ¡Un mentiroso! Dicen que acepta sob...

—Gracias por la información diplomática, lord Óxido —dijo el patricio—. Tenemos que tratar con la situación que tenemos. Siempre hay una manera. Nuestras naciones tienen muchos intereses en común. Y por supuesto, dice mucho de la seriedad con

que Cadram está tratando el tema el que nos envíe a su propio hermano para discutirlo. Es un gesto hacia la comunidad internacional.

—¿Un pez gordo klatchiano viene aquí? —preguntó Vimes—. ¡Nadie me lo había dicho!

—Por extraño que parezca, sir Samuel, a veces soy capaz de gobernar esta ciudad durante varios minutos seguidos sin buscar el consejo y la orientación de usted.

—Me refería a que hay mucho sentimiento antiklatchiano por aquí...

—Un tipejo de mucho cuidado... —le susurró lord Óxido al señor Boggis, con ese susurro aristocrático especial que se eleva hacia las vigas—. ¡Es un insulto mandarlo aquí!

—Estoy seguro de que se encargará usted de que sea seguro caminar por las calles, Vimes —dijo el patricio en tono cortante—. Sé que se enorgullece usted de esas cosas. Oficialmente ese hombre está aquí porque los magos lo han invitado a su gran ceremonia de premios. Un doctorado honorario, una cosa de esas. Y después, a uno de sus almuerzos. A mí me gusta negociar con la gente después de que el claustro de la Universidad Invisible los haya invitado a comer. Acostumbran a no moverse mucho y a mostrarse de acuerdo con prácticamente cualquier cosa si creen que tienen alguna posibilidad de conseguir sal de frutas y un vasito de agua. Y ahora, caballeros... si me disculpan...

Los lores y líderes fueron abandonando la sala de uno en uno o por parejas, hablando en voz baja mientras salían al pasillo.

El patricio ordenó sus papeles, pasando un dedo fino por cada borde del montón, y luego levantó la vista.

—Parece estar usted proyectando una sombra, comandante.

—No irá usted de verdad a dejarles que vuelvan a formar los regimientos, ¿verdad? —dijo Vimes.

—No hay absolutamente ninguna ley que lo prohíba, Vimes. Y eso los mantendrá ocupados. Todos los caballeros oficiales tienen el derecho, de hecho creo que solía ser la obligación, de armar hombres cuando la ciudad lo necesite. Y por supuesto, todo

ciudadano tiene derecho a portar armas. Téngalo en mente, por favor.

—Portar es una cosa. Pero cogerlas en la mano y ponerse a jugar a soldados es otra. —Vimes apoyó los nudillos en la mesa y se inclinó hacia delante—. Verá usted, señor —continuó—. No puedo evitar pensar que allá en Klatch hay un puñado de idiotas que están haciendo lo mismo. Que le están diciendo al serif: «Es hora de dejarles las cosas claras a esos diablos de Ankh-Morpork, offendi». Y cuando hay un montón de gente corriendo con armas y diciendo memeces sobre la guerra, se producen accidentes. ¿Ha visto usted alguna vez un pub donde todo el mundo va armado? Oh, al principio las cosas se hacen con cortesía, se lo aseguro, y de pronto algún papanatas bebe de la jarra equivocada o coge el cambio de otro por error y cinco minutos más tarde está uno sacando narices del cuenco de los frutos secos.

El patricio bajó la vista hasta los nudillos de Vimes y mantuvo fija la mirada hasta que Vimes los retiró.

—Vimes, mañana va a estar usted en el Convivium de los magos. Le envié una nota sobre el asunto.

—Yo no he... —En su mente apareció traicioneramente una visión de los montones de papeleo sin leer que tenía sobre la mesa—. Ah —dijo.

—El comandante de la Guardia encabeza la procesión con su uniforme de gala completo. Es una antigua costumbre.

—¿Yo? ¿Que camine delante de todo el mundo?

—Por supuesto. Es muy... cívico. Seguro que se acuerda usted. Es una muestra de la alianza amistosa entre la universidad y el gobierno civil, que, debo decirlo, parece consistir en que ellos prometen hacer todo lo que le pidamos siempre y cuando nosotros prometamos no pedirles que hagan nada. De todos modos, es la obligación de usted. Lo decreta la tradición. Y lady Sybil ha aceptado encargarse de que se presente usted con una cara maternal fresca, soleada y alegre.

Vimes respiró hondo.

—¿Se lo ha pedido usted a mi esposa?

—Por supuesto. Está muy orgullosa de usted. Ella lo considera capaz de grandes cosas, Vimes. Debe de ser muy reconfortante para usted.

—Bueno, yo... o sea, yo... sí...

—Excelente. Ah, una cosa más, Vimes. Cuento con el acuerdo de los Asesinos y los Ladrones para esto, pero para cubrir cualquier cosa que pueda pasar... Lo consideraría un favor si usted se encargara de que nadie le tire huevos ni nada al príncipe. Esa clase de cosas siempre molestan a la gente.

Los dos bandos se vigilaban con cuidado. Eran viejos enemigos. Habían medido sus fuerzas muchas veces, habían saboreado la derrota y la victoria, habían reclamado el mismo territorio. Pero esta vez iban a llegar al final.

Nudillos lívidos. Arrastre impaciente de botas.

El capitán Zanahoria botó un par de veces la pelota.

—Muy bien, chavales, una vez más, ¿eh? Y esta vez, nada de juego sucio. William, ¿qué estás comiendo?

El Artero Bofetón frunció el ceño. Nadie, nadie conocía su nombre. Ni los niños con los que había crecido conocían su nombre. Su madre, si es que alguna vez se enteraba de quién era, probablemente no conocía su nombre. Pero Zanahoria había conseguido averiguarlo. Si cualquier otro lo hubiera llamado «William», ahora estarían buscando su propia oreja. Dentro de su propia boca.

—Goma de mascar, señor.

—¿Has traído bastante para todos?

—No, señor.

—Entonces tíralo, así me gusta. Ahora, vamos a... Gavin, ¿qué llevas en la manga?

El que era conocido como Gav el Cerdo no se molestó en discutir.

—Un cuchillo, señor Zanahoria.

—Y supongo que sí que habrás traído bastantes para todos, ¿eh?